

Ideas para el debate de la Izquierda en Chile

Alvaro Palacios. Diciembre 2000

15 páginas

La compra y venta de la fuerza de trabajo intelectual, el adquirir los “nuevos productos”: postítulos, diplomados, magíster, doctorados en el amplio mercado de oferta que proveen generosamente las universidades chilenas; éstas compelidas a autofinanciarse, es decir, a inventar nuevos productos vendibles, para nuevos “nichos de mercado”, son arrastradas al carrusel de las frivolidades, aun sabiendo todos que en Chile no hay la cantidad de personal intelectual en condiciones serias de atender la enorme cantidad de estudios de cuarto nivel que se ofertan....

*Hoy como ayer las circunstancias son cambiantes, las ideas relativas,
impura la realidad...*

Octavio Paz

Contexto, signos y voluntad

Nos encontramos en un punto de giro de la vida política nacional. Tras 10 años de esfuerzos y empeños - por momentos diáfanos y rotundos, en otros confusos y torpes - la coalición política que abriera paso a la laboriosa reconquista de la democracia para todos los chilenos, parece haber cumplido buena parte de su sentido inicial de existencia.

Y contrastado con las dificultades iniciales de las primeras horas de la transición, pareciera que diez años más tarde, han sido ya realizadas muchas tareas vinculadas con la libertad de los ciudadanos, la defensa de los derechos humanos, la corrección de las injusticias más agobiantes heredadas de la dictadura.

Desde ese punto de vista, la Concertación ha tenido éxito. También lo ha tenido, si se acepta que obtener un 52 % de los votos en la última elección, tras diez años de gobierno, es una buena votación.

Sin embargo, el tono de análisis que predomina no es de victoria ni de satisfacción. Y esto tanto entre los que gobiernan, como entre los que votan Concertación. Varios destacados políticos y analistas coinciden, durante las últimas semanas, en señalar este fenómeno.

Tal parece que, finalmente, el ya retórico y autocomplaciente sistema de respuestas políticas, desde el cual la dirigencia concertacionista miraba al país y a su propio rol de conducción, ha perdido su capacidad de interpretar los signos y las señas, necesariamente difusos, ambiguos y cambiantes. Aquellos signos y señas que expresan los cruzados e inquietos estados de ánimo de los ciudadanos. Qué ha producido este concentrado momento de lucidez? ... Aquello que hace que algunos políticos consagrados y sensitivos estén dispuestos a cuestionar los contenidos y los métodos políticos que, hasta hace poco, sancionaban como la

única realidad posible?... Y hace que otros, ayer activos militantes, luego decepcionados observantes, hoy se hayan hastiado de sus gestos testimoniales y de su autorreferencial apelación a supuestas purezas originales, y estén dispuestos a cuestionar la eficacia política de su ideologizada defensa del "basismo social"... O hace que otros muchos se decidan, finalmente, a preguntarse por la eticidad de su prescindencia política, a examinar el protegido lugar desde el cual rezongan recomendaciones y murmuran inteligentísimas críticas?...

Un primer y simple hecho: la sensación de horror y fracaso que ha producido, entre nosotros, el avance de la derecha y la posibilidad real que sean el próximo gobierno del país. El hecho concreto : la necesidad de una segunda vuelta electoral y el estrecho margen de victoria: 380.000 votos .

El segundo hecho - y quizás, todavía, más una incómoda sensación que un evento concreto- el que Lagos como Presidente no logra claridad estratégica respecto del tipo y calidad de adversario al que se enfrenta.

Porque ya no es la derecha en retirada. Ciertamente que guarnecida y acorazada con las leyes de amarre de la Constitución, y con leyes electorales que le han subsidiado antidemocráticamente su presencia política electoral real. Pero, finalmente, una derecha política y moralmente derrotada. Hoy no es así. El adversario de Lagos y de la Concertación es una derecha modernizada, mimetizada, desaprensiva respecto de Pinochet, y en credibilidad ascendente. Una derecha que ha reconstruido su red institucional de apoyo político y social; que ha logrado la unificación de criterios estratégicos entre sus dos partidos y que hegemoniza parte importante de la ideología y conducta política del empresariado y de sectores populares. Una derecha que ya no asusta con sus desbordes antidemocráticos; que ajustó cuentas con sus viejas oligarquías políticas, y que se ha renovado en imagen, figuras y contenidos.

La evidencia que Lagos - más allá de sus méritos de líder-, en un sentido epistemológico, es decir: la posición desde la cual está mirando su propio lugar en la serie de gobiernos de la Concertación es el de la Concertación III. Y esto cuando el país ya no requiere, como función trascendente del liderazgo político, a una tercera Concertación. Que haga con mejor letra e inteligencia, más o menos lo mismo que la exasperante torpeza ingenieril del gobierno anterior, intentara realizar.

El gobierno de Lagos no se ha percibido a sí mismo como el necesario punto de inflexión en la continuidad inercial de la Concertación. El punto de quiebre esperado por todos, derecha incluida. Y a la cual, por lo mismo, le está resultando más fácil de lo que esperaba hacer su trabajo.

Dónde está siendo derrotada la Concertación? En su capacidad de administrar un modo heredado y asumido acríticamente de entender la economía y la sociedad moderna. El que no puede administrar mejor que sus propios creadores. Después de tantos intentos por corregir, revisar, mejorar, y suavizar los efectos sociales y político-culturales de la concepción de desarrollo excluyente heredada de la dictadura militar y de derecha, y desgastada por prácticas sociales y políticas fundadas en la mercantilización de las relaciones sociales, y en la ideología secretada por la modernización salvaje del capitalismo, la Concertación no ha logrado cuestionar eficazmente el eje conceptual, filosófico, y en

consecuencia ético-valórico, económico, político y cultural, sobre el cual descansan todo el conjunto de reformas intentadas.

Ha sido derrotada - parcialmente aun- en el debate cotidiano y silencioso por el tipo de cultura societal, de los valores e ideas que orientan el accionar concreto de millones de chilenos. Ha enajenado su superioridad moral por cuanto ha renunciado a oponer modelos modernos de vida social y económica con anclaje en las necesidades de las mayorías nacionales.

Desde allí resulta un epifenómeno inevitable sus relativas ineficacias gestionarias desde el Estado.

Y porqué? Porque se ha equivocado respecto del contenido principal y del método político maestro. Porque, envanecida por sus éxitos negociadores iniciales, y atemorizada por la fantasmagoría del desgobierno, pensó que la gobernabilidad del país se aseguraba con menos ciudadanos y más operadores políticos. Creyó que las reformas podían ser elaboradas y gatilladas siempre desde arriba, más como resultado en un ejercicio técnico- administrativo, que como el resultado de un proceso técnico-político que incluye como vector de peso determinante a los ciudadanos (C. Matus). Porque su pretensión de equidad es sustancialmente paternalista. Porque, pese a su retórica, ha apostado - en los hechos - más a la parálisis ciudadana que a fomentar la reflexión, la crítica y la acción de los ciudadanos. Porque así resulta, entonces, congruente su neutralidad política y económica respecto de la desaparición total de una prensa crítica de los modos modernos de dominación, la que ha sido arrasada impunemente desde la lógica del mercado, posibilitando la existencia de una prensa sosa, acrítica y funcional al modelo político-cultural hegemónico.

Lentamente, a lo largo de estos diez años, el activo intelectual y profesional político de la concertación se ha venido permeabilizando a la influencia ideológica del moderno barbarismo cultural de la derecha. Ha terminado por aceptar, sin crítica, la sustancia de sus dogmas de fe. La economía es un sistema auto-regulado, donde la función de la política desaparece y debe contentarse con sólo acompañar su marcha mediante un monitoreo técnico que suavice los ciclos. El Estado no debe ejercer ningún rol de planificación estratégica sobre las áreas potenciales de desarrollo. Está invalidado para establecer líneas maestras de crecimiento y de acumulación, compatibilizando su rol dirigente, político y económico, con los intereses del capital privado y de la comunidad nacional. Debe sólo concentrarse en la regulación técnica mínima del quehacer empresarial privado. La superación de la pobreza absoluta es, esencialmente, el resultado espontáneo del crecimiento económico y, en el margen, de la focalización eficiente del gasto público. Lo anterior debe mantener intocable el núcleo duro del problema: la redistribución de los bienes de la producción social y la construcción de oportunidades de desarrollo para grupos sociales amplios. Esto so pena de afectar la disponibilidad inversora del capital privado. Así, la antigua y nuevamente reeditada "cuestión social" no requiere intervención política ni posición ética contemporánea. Estas son, benevolente y aristocráticamente, calificadas de aspiraciones románticas premodernas, inviables y estériles en su pretensión de oponerse al paisaje inevitable que toda modernidad económica portaría consigo.

Los fenómenos sociales disfuncionales, tales como, la delincuencia, drogadicción, el paro juvenil forzoso, o los problemas de la vida moderna de los ciudadanos chilenos, la abulia cívica, la depredación del medio ambiente, la crisis urbana, la

creciente desolidarización social, el incremento de la angustia existencial y del estrés emocional y psíquico, la degradación del erotismo, la obsolescencia institucional del Estado, el relativismo moral nacido del criterio de éxito social, etc., son tratados en la agenda política como "los problemas concretos de la gente", en algunos casos; como "problemas personales" de los individuos y su ámbito privado de opciones, en otros; y, los menos, como "problemas del país". Ninguno como tal es recepcionado como parte integrante y expresión de un contexto más general. Contexto que no es explicable abstractamente como la modernidad genérica, sin historia concreta, intereses, visiones distintas. Son problemas vinculados entre sí en su calidad de epifenómenos con raíces comunes, ancladas en la naturaleza del modelo de dominación y de modernidad cultural implementado. Sin embargo, son tratados como entidades-problemas, indivisos y autónomos. Como tales, ameritarían soluciones técnicas específicas, desde el incremento del control y la norma social, la mejoría de las eficacias técnicas de los sistemas institucionales de represión, el mejor gerenciamiento de los programas públicos, el incremento de la filosofía del filantropismo paternalista, la socialización de la "capacidad de emprender", hasta el discurso educativo y moralizante frente a los "excesos".

En rigor, la concertación como fuerza inspiradora de una fisonomía de país moderno y progresista ha terminado por ser fagocitada en la administración del Estado. Ha arrastrado a los núcleos político-orgánicos de pensamiento socialcristiano, socialista, marxista, laico, racionalista, liberal, y que sostenían intelectualmente a sus respectivas expresiones partidarias, a la administración silente y pretenciosa desde el Estado del estrecho modelo liberal heredado de la dictadura derechista. Así se han perdido acerbos culturales y políticos, que tenían como elemento común, más allá de sus énfasis históricos, de sus prácticas políticas específicas y de sus biografías particulares, una crítica valórica, ética, y humanista a elementos constitutivos del capitalismo contemporáneo y a la hegemonía cultural de las elites oligárquicas.

La disolución de los fundamentos intelectuales y éticos de la Concertación está vinculada, también, al proceso de cooptación- inclusión de su activo dirigente en las elites generales del país, a la movilidad social restrictiva para sus cuadros dirigentes, lo que inevitablemente le resta capacidad crítica e independencia política. (O. Puccio).

A lo anterior, y como resultado casi de una ley natural, la conversión del activo político-intelectual concertacionista en funcionarios del Estado y del gobierno ha terminado por transformar a los partidos de la concertación en apéndices administrativos, sin vida interna real, con escasa densidad intelectual, mínima capacidad de propuesta y acrílicos de sus gobiernos. No es nada de casual, en consecuencia, y poco explicable como psicopatías morales, el que se hayan desatado procesos de canibalización entre partidos y entre tendencias partidarias. Vaciando de todo contenido político-programático el ocupar un puesto en la administración, como palanca de acción ejecutiva. Si las tendencias internas de los partidos, constituidas ayer en torno a ciertos acentos programáticos, han perdido su razón de ser, deviniendo en dispensadores de la microfísica del poder, si la renovación interna de los cuadros dirigentes es nula, y si las posiciones dirigentes políticas y administrativas del Estado y de los partidos es ocupada con mínimas variaciones por los mismos elencos, cómo no preguntarse seriamente por la validez existencial de la Concertación y por la actual hechura organizacional y política de sus partidos? (A.Cortez T .)

En estas condiciones, a nadie debería extrañar el silencio de los ciudadanos, la hosquedad de los jóvenes, la apatía de los activos sociales, y la facilidad de la derecha para reconstruir discurso, imagen y liderazgo.

No es sólo que los activos políticos de los partidos populares, ayer en lucha por la democracia, estén en sus casas. Son los ciudadanos los que están en sus casas, exasperados y escépticos, convocados sólo a propósito de la elección de turno. A la espera que algún nuevo discurso, una nueva práctica, les conquiste el corazón, la confianza, la capacidad de creer nuevamente en que tiene sentido, en que es posible confiar en los demás y en sí mismos. Tal es el estado de ánimo principal hacia el cual se dirige la oferta política de la derecha actual.

El crecimiento de la derecha y del lavinismo tiene menos causas en sus fortalezas propias y en el hábil juego mediático-comunicacional desplegado con su obvia abundancia de recursos económicos, que en las falencias expuestas por la Concertación.

Este es el paisaje político general del país.

Las convulsiones económicas y políticas de la humanidad en el siglo XX y sus efectos en la cultura mundial seguirán presidiendo buena parte de las alternativas intelectuales y políticas del siglo XXI .

La ironía de la historia hace que el derrumbe de los socialismos burocráticos de Estado, el innegable cuestionamiento a la validez transhistórica del pensamiento marxista, la definitiva negación de eficacia libertaria a la acción revolucionaria iluminista, haya hecho que, en la precipitación de los intelectuales y cuadros políticos por comprender y reubicarse en la nueva fase de desarrollo humano, fueran arrojados por la borda de nuestro continente intelectual y ético, buena parte del acerbo cultural democrático y progresista de la humanidad. Junto con el agua sucia se fueron, no sólo sueños utópicos y desvaríos redentoristas, también se fueron reales y necesarias capacidades críticas, enormes potencias prácticas de la voluntad transformadora, energías humanistas, aspiraciones de unidad restablecida entre lo social y lo natural, y la posibilidad de descubrir puentes comprensibles entre el presente y el futuro.

Las dolorosas morisquetas del azar en la historia hacen que nuevamente, en el fin de un ciclo evolutivo, en el final de una de las ondas largas del desarrollo humano, se presente la demanda civilizatoria por repensar integralmente los modos de convivencia. Esto ya ha estado ocurriendo en los países centrales. Nosotros, como provincia extrema, lo vivimos mas tardíamente. Pero es inevitable que ocurra también en Chile. Y la expresión política más concentrada de esta convocatoria civilizadora se llama : refundación de la izquierda nacional.

A Chile le falta una izquierda.

No es el momento de fáciles operaciones en el papel que intenten caracterizarla con los atributos superficiales del marketing político. Será posiblemente más el resultado de un proceso desordenado y volitivo de síntesis de subculturas, lenguajes, códigos, y símbolos. De prácticas iniciales orientadas más por la intuición creativa y el arrojo moral, más por el deseo de perspectivar desde lugares móviles que por la síntesis ordenada de las herencias y las comprensiones globales de la modernidad. Más imbuida por el afán de fluir culturalmente que de afincarse en un ideario positivista .

La modernidad del país requiere una izquierda con historia asumida, en la simetría de sus grandes aciertos y considerables errores. En el orgullo de su patrimonio país y en la humildad de sus ausencias.

La crítica hasta ahora realizada ha permitido sacudirse estrechas camisas ideológicas heredadas de las tradiciones discursivas del socialismo mundial. Entre ellas la relativización del valor ético y político de la democracia para las luchas populares, las visiones míticas sobre la superación voluntarista del capitalismo y la comprensión de la lucha política como hecho cultural-humanista, necesariamente protegido de la lógica bélica de la destrucción física del oponente. Mas allá de que la gran burguesía opuso en todas partes una resistencia feroz y utilizó sin remordimientos la violencia de los de arriba a las luchas sociales por mayor equidad social y libertad política, nuestra aspiración de sociedad libertaria se cancelaba a sí misma en la medida que aceptaba, quizás más en la retórica discursiva que en los métodos reales, ser el reflejo especular de la resistencia antidemocrática de los círculos del poder.

Sin embargo, la autocrítica de la izquierda no ha sido completa. Esto porque no sabe aun cómo asumir su rol de conducción cultural - y entonces político-económico- en las condiciones más desplegadas de la modernidad del país. Y habida cuenta su desarticulación ideológica se ha revuelto exasperada entre dos posturas antipodas y excluyentes. Entre dos posturas inconducentes históricamente y donde en ambas, la izquierda perece.

De una parte, el férreo defensismo de los íconos y la inmovilidad de sus símbolos, aderezando superficialmente sus tópicos y promoviendo una demagogia política interna para satisfacer a su masa militante con fidelidades retóricas a una identidad de izquierda anclada a un país de hace 50 años atrás y que hoy ya no existe. Es la pretensión de permanecer sustancialmente iguales.

Y por otra parte, el intento del sentido vulgar que se pretende ya moderno y actual cuando es sólo moda; que se imagina universal cuando es sólo cosmopolitismo. Es el intento de romper con la densidad crítica y deviene pura levedad. Es el afán pretencioso de ser modernos a costa de enajenarse la visión de la naturaleza y de su propio rol en el conflicto social matriz ...el que, más allá de la caída de los muros espirituales y materiales, sigue siendo el eje articulador esencial de la política. Es el discurso de la retórica modernizadora para un país que tampoco existe. Es la pretensión del cambio sin síntesis, sin historia actualizada ni memoria viva operante; es el puro olvido y la disolución de sí mismos.

Para nosotros, herederos de las tradiciones culturales revolucionarias, derrotados en nuestra pretensión de producir una historia universal cuyo logos contenía el ideal estético societal máximo, al cual accedíamos por medio del acto catártico de la revolución de los oprimidos; pretenciosos fundadores de un mundo de concordia y paz entre los pueblos, de libertad e igualdad entre los hombres, derrotados definitivamente por los devastadores golpes propinados por los propios revolucionarios, más que por sus adversarios (O. Paz); para nosotros, hoy, la posibilidad de reconstruir un punto de tensión, un nuevo punto de partida, un lugar posible y móvil, alejado de la religiosa adoración de los absolutos, despojados de la utopía transhistórica, y obligados a transitar, desnudos de toda ideología planetaria, por la modernidad y sus conflictos (M. Hopenhayn); para nosotros la posibilidad de reconstruir un punto de tensión, un nuevo lugar de partida posible y móvil, ajeno a la disgregación y la pérdida de sentido existencial, hostil al cínico relativismo que invalida de antemano todo gesto ético. Un punto de tensión, no abstractamente teórico, ni externamente ritual, sino profundamente existencial; íntimamente sagrado, situado entre el

deseo de ser y el temor de perderse. Dispuestos a defender un método, no de análisis, sino de existencia. Un punto de vista, un lugar desde el cual miramos al mundo y a los conflictos de la modernidad, desde el lugar de los de abajo, desde el interés de los más débiles, desde los múltiples excluidos, antiguos y modernos; sin ilusiones pueriles pero sí con la esperanza en la capacidad de la voluntad humana para conocer y modificar las circunstancias que nos determinan.

La historia es y será el lugar del ensayo y el error. La mixtura del azar y la necesidad. Y en esa búsqueda tensión entre el accidente y el fundamento, entre lo cotidiano y lo trascendente, entre lo inmediato y lo posible, es desde donde se constituye nuestra específica vocación de humanidad. El lugar desde el cual es posible el despliegue de la lucidez y la construcción de una eficaz identidad moderna.

Ciclo, coyuntura y el ángulo de mirada

Han transcurrido más de diez años desde los dos hechos políticos que marcaron el derrotero político e intelectual de la izquierda chilena: la caída de los socialismos burocráticos de estado en Europa, y la victoria de la Concertación en Chile. El hecho político antecesor, y sin el cual parte de la fisonomía política actual resulta incomprensible, fue la derrota, al interior de las fuerzas democráticas en lucha contra la dictadura, de la opción más radical en favor de una salida democrática a "la plebeya". El esfuerzo por incidir desde abajo en la generación de un cuadro de crisis política de la dictadura no prosperó por diferentes razones.

El ritualismo conservador y la incoherencia política de la dirección del PC para desplegar su propia elaboración política, la dispersión política y orgánica del PS dividido entre los modernizadores - "renovados" y protoliberales - y las diferentes micro orgánicas de izquierda, la neutralización de los sectores más proclives a una solución democrática de masas en la DC, partido con una autocrítica inconclusa sobre sus errores políticos durante el gobierno de la Unidad Popular, la incapacidad de la izquierda nacional del momento para romper definitivamente con los moldes ideológicos antidemocráticos heredados de los socialismos burocráticos, la migración de un importante contingente de intelectuales y políticos de izquierda a posiciones proclives a una salida negociada, etc., son algunos de los factores que impidieron utilizar plenamente el ascenso de las movilizaciones populares en contra de la dictadura durante la primera mitad de los años 80'.

La dictadura con fuerza suficiente para imponer su cronograma de transición, pero debilitada internamente y huérfana de apoyo político exterior, debió terminar por conceder que el plebiscito fuera un evento político de real medición de fuerzas, y cuyos resultados no podía desconocer sin arrastrar al país al caos. Se inauguró así el ciclo político que está hoy terminando. Por diferentes razones, nacionales y mundiales, culturales y organizativas, la contribución de la izquierda al nuevo ciclo que se inauguraba ha resultado política y culturalmente anémica.

En algún punto del camino recorrido estos diez años comenzamos a extraviar parte de nuestro propio sentido histórico y empezamos a perder una parte importante de nuestra razón de ser como expresión popular.

Es posible que el error comenzara al confundir la urgencia de abrir paso a la democracia al menor costo social posible y, por ello, presionado por

circunstancias que amenazaban la estabilidad de la transición, silenciamos indebidamente nuestra vocación de libertad, de autonomía ciudadana y dejamos de intentar representar inteligentemente los intereses políticos, económicos y culturales de la mayoría nacional .

De alguna manera, los graves errores políticos cometidos por nuestros partidos con el gobierno del Presidente Salvador Allende, nos llevaron, en el período de la reconstrucción de la democracia, a exacerbar la disciplina en la Concertación y en sus dos gobiernos anteriores. Entre la lealtad a la coalición y la mayor consecuencia con nuestra identidad, frecuentemente optamos por lo primero. La propia caída de los socialismos burocráticos de Estado, a los cuales estuvimos intelectual y políticamente vinculados como organizaciones, terminó por deshacer en un mar de confusiones y ambigüedades buena parte de nuestro ideario teórico. Y esto, a pesar de haber contado con partidos que desarrollaron cierta capacidad crítica respecto de dichas experiencias.

En función de darle gobernabilidad al país para desarrollar la democracia, silenciamos el necesario debate, renunciamos a la confrontación abierta de ideas e iniciativas políticas, y justificamos nuestra incapacidad crítica con equívocas razones de estado.

Por esa vía se nos limó la audacia de buscar nuevos caminos y de inventar alternativas democráticas y populares a los modos consagrados y heredados por el régimen dictatorial, de repensar y actuar para generar una mayoría no sólo en favor de la democracia, también una mayoría en favor de avanzar en la modernización nacional con sentido de integración social, con mayor solidaridad humana, con respeto por la diversidad cultural de la nación.

Y paradoja o un lugar repetido en el péndulo de la historia, los déspotas de ayer, los poderosos del dinero y de las relaciones sociales consagradas e inmutables, iluminados con los nuevos dogmas y mimetizados de técnicos apolíticos, hoy, tras diez años de reconstrucción democrática, han retornado dispuestos a "salvar a Chile" de las consecuencias que sus propias prácticas han generado.

Ha costado mucho. El proceso ha sido exasperantemente lento. Por momentos más conducido por la casualidad y el azar que por una visión estratégica sostenida por la coalición.

Podemos decir que hemos sido leales a lo que entendimos era el modo de hacer posible lo que la mayoría del pueblo chileno anhelaba como país y esperaba de nosotros.

Podemos decir que hemos cumplido con lo sustantivo, la Concertación cumplió con su vocación primera, hacer posible la transición democrática y darle gobernabilidad al país.

Sin embargo, hoy el país espera un gran cambio político, y no precisamente de la derecha. Esta ya ha realizado su máximo giro histórico y cultural; le restan operaciones políticas menores de consolidación cultural en su núcleo ideológico más duro. Pero lo que pueden ofrecer a la nación ya está a la vista.

Quien debe realizar un gran cambio intelectual y cultural, de ideas y acciones, es la Concertación y la izquierda no incluida en ella. Y es respecto de ese desafío de envergadura nacional que los partidos democráticos y progresistas deberán medir su capacidad de producir liderazgos intelectuales y éticos en la sociedad,

competir por renovar su capacidad crítica sobre el tipo de modernidad económica excluyente y contribuir a la reconstrucción de una cultura laica, no clerical, fundada en la fraternidad y en la pertenencia a una comunidad nacional con inspiraciones comunes, progresistas y democráticas.

En suma, oponer al híbrido paradigma utópico derechista de una sociedad tecnológicamente moderna y valoricamente conservadora, liberal en las prácticas mercantiles y retrógrada en las relaciones sociales, comercialmente abierta al mundo para el intercambio de productos pero impermeable al avance de la cultura democrática universal, una alternativa de progreso coherente y real que reuna modernidad económica con integración social, crecimiento con desarrollo humano, globalización con reconstrucción de identidad nacional, estímulo y libertad económica privada para emprender, con capacidad de Estado para establecer los contenidos principales del desarrollo nacional.

Chile requiere una alternativa intelectual, moral y política que mire a la modernidad desde los intereses generales del país, desde sus mayorías sociales. Requiere de una alternativa que oponga al frenesí libremercadista de los viejos y nuevos poderes económicos, una visión integradora de progreso material y espiritual para todos los chilenos.

Requiere una alternativa que oponga a la ramplonería cultural y al esnobismo arribista de los bárbaros de la política- instrumento, el respeto por la densidad de los fines éticos de la actividad política, la cultura de la solidaridad social, del respeto por las diferencias, de la competencia por excelencia, de la valoración por el trabajo bien realizado, de la dignidad individual y colectiva.

Que oponga a la barbarie del individualismo exacerbado y a su modelo precario de éxito social fundado en la voracidad por tener, la cultura del entendimiento humano, la cultura de la piedad, que no es perdón ni indulgencia, sino pura comprensión y fraternidad humana, la cultura del apetito por ser, aquí y ahora. Que oponga al aislamiento y la soledad angustiosa de los individuos alienados de sus pares, la cultura de la pertenencia, de la identidad en la comunidad nacional, la cultura de ciudadanos adultos, concientes de sus inalienables derechos humanos al trabajo y al descanso, a la salud y a la educación de calidad, a la crítica y a la reflexión.

Que oponga a la cultura del chorro de los ricos, y a la descomposición moral que esta aberración impone inevitablemente en la forma de paternalismo y abulia social, la cultura de una distribución social justa, fundada en el trabajo, en el aporte de cada cual, de los frutos de la modernidad para todos los miembros de la comunidad nacional.

Chile requiere hoy de un movimiento político- cultural moderno y democrático que defina su principal tarea política en la construcción de una cultura política integrada por ciudadanos habilitados, empoderados, dotados con la información y los recursos legales, organizacionales y materiales para ejercitar su función de pueblo que delega transitoriamente en sus mandatarios su soberanía. Pero que cuenta con los mecanismos para su control real y para el ejercicio de la crítica efectiva que neutralice la cristalización de burocracias políticas enajenadas de sus fundamentos originales, del pueblo de los ciudadanos. Chile requiere de un movimiento político, constructor de ciudadanías y de un Estado provistos con los recursos jurídicos, materiales y culturales para proteger

el bien común de los depredadores de la rentabilidad cortoplacista a cualquier precio.

Modernidad, subjetividad y el nuevo totalitarismo de la derecha

Así como la modernidad es inevitable, los conflictos sociales, políticos y culturales que ésta porta resultan, también, inevitables porque son parte de su propia naturaleza. La sociedad moderna puede existir sólo en el movimiento y en el cuestionamiento permanente de su propia recreación. La modernidad existe en el movimiento de las instituciones, las creencias y los cotidianos humanos (Agnes Heller). Tanto los espacios y fronteras del Estado y el mercado, como la materialidad de la división social y funcional del trabajo, así como las competencias de la tecnología y de la ética, son objeto de cambio permanente. Al mismo tiempo que se acrecienta la interdependencia social, crecen también las posibilidades de construcción del individuo. Es la modernidad la que ha tornado añeja la separación metafísica entre la abstracción individuo y la abstracción sociedad, entre la potestad total del Estado y la libertad absoluta del mercado. Todas las oposiciones reales y literarias del mundo moderno inicial, base cultural del liberalismo político y económico, tan estrechamente traducido por la imitación cosmopolita de la derecha chilena, han sido ya cuestionadas por el despliegue de la condición social moderna.

Y por lo mismo es que se acrecienta la importancia de la cultura y de la ética, por cuanto representan modos humanos de entenderse y reinterpretarse en el movimiento.

El campo de la política, lejos de estrecharse en sus posibilidades, ha aumentado en su importancia. De lo que allí ocurra dependerá en gran medida cual será el carácter que tendrá la sociedad moderna.

Lo que se ha venido estrechando es la dependencia del individuo respecto de la política para sostener su reproducción simple. Lo que tiende a desaparecer - por fortuna - es la condición de excepcionalidad extrema de cualquier poder autocrático y su capacidad de determinar casi por completo el diseño de los cotidianos. Desaparece la necesidad de los militantes que entienden un requisito existencial del ser político, la enajenación respecto de sus vidas individuales y de la diversidad y riqueza de lo humano.

Si la democracia logra consagrarse culturalmente como el piso mínimo del acuerdo básico entre los adversarios, desaparece la necesidad de morir y matar por ideas. No desaparece la épica, desaparece la sangre y el horror de víctimas y victimarios. Se reduce el espacio para la pretensión de los iluminados de cualquier signo que quieren evangelizar al mundo sin consideración de su propia precariedad histórica y del relativismo ético de sus medios.

Pero para que ello ocurra es imprescindible que la imaginación social no acepte la propuesta del evangelio neoliberal derechista de concebir a la política moderna como el ámbito de la tecnología social. Esta concepción, espureamente moderna de la política, repone la noción de las elites ilustradas y excluyentes, desaloja a los legos, es decir, a los ciudadanos. Si los problemas sociales requieren "soluciones técnicas", las que por definición sólo pueden ser producidas desde arriba, se está sancionando la parálisis ciudadana, el paternalismo, la reducción del espacio de responsabilidad y autodeterminación. Se está negando la posibilidad que la modernidad nos permita ser efectivamente más libres. Que las

oportunidades que la sociedad brinda a los hombres libres de construirse en el haz de alternativas potenciales se distribuyan socialmente. Y le devuelve al poder político y económico potestades y atributos que reducen el espesor democrático que el mundo moderno requiere como condición de estabilidad dinámica y de existencia.

No es cierto que la delincuencia, la cesantía, la falta de oportunidades adecuadas para miles de jóvenes, sean problemas puramente técnicos y que algunos iluminados gestores, sin ideología política y sin intereses económicos, puedan resolver. Esto es una gran falacia. La propuesta societal de la UDI y RN es la de lograr la definitiva clonación de los chilenos, la sociedad de la imbecilidad generalizada; donde todos aceptemos como un hecho inevitable la existencia de una modernidad cuyo resultado es una sociedad cada vez más segmentada en clases y capas sociales con muros infranqueables entre ellas.

Una sociedad donde sea un hecho natural y moralmente deseable ser lo más parecido al chileno de "éxito", lo más próximo al estereotipo del clón ejecutivo de empresa - ese que se viste en... almuerza en... vive en ... vacaciona en... educa a sus hijos en ... y que gana mensualmente treinta veces más que otros trabajadores chilenos, miembros de sus propios colectivos laborales.

Esto mientras las empresas chilenas remedan culturas gestionarias modernas, comprando cursos de capacitación de Trabajo en Equipo, Motivación Laboral, y cualquier otro intento de asimilar deformadamente en la cultura empresarial chilena -caracterizada por la rigidez de su jerarquía funcional y todavía tributaria de los prejuicios sociales y raciales- las tendencias inevitablemente democratizadoras que la eficiencia y eficacia económica moderna impone como condición de sobrevivencia.

En el mundo desarrollado y moderno, es decir, en Europa, esto no ocurre; en Asia y América del Norte, tampoco; y a cualquiera de sus ciudadanos - de derecha, centro o izquierda- esto le parecería simplemente un hecho escandaloso e inmoral.

Esto en buen español se llama segregación social, exclusión, sociedad de castas; esto es la negación misma de las potencialidades enormes que abre la expansión de la modernidad.

La derecha económica y política busca sancionar una cultura de hacer sociedad en la cual los trabajadores acepten como un hecho natural, inamovible, propio de una vida dictaminada fuera de sus esfuerzos y afanes, el que no pueden enviar sus hijos a las Universidades por su alto costo. El que acepten como un hecho natural que el sistema educacional, heredado de la dictadura, sancione una educación municipal de pésima calidad y que transforma en retórica vacía y en deshonestidad política, el intento de corregir marginalmente con becas a los pocos que pueden escapar a la mediocridad. Un pobre y un hijo de pobres no tiene acceso a los estímulos de la cultura, a los medios intelectuales adecuados, al disfrute de los bienes materiales y espirituales que la sociedad moderna ha generado.

Los pobres, en las actuales claves ideológicas y culturales de la modernidad preconizadas por el pensamiento derechista, están condenados a permanecer iguales a sí mismos; están condenados a la repetición sin esperanza (O. Paz). A la espera que algún paternalista y adinerado descendiente del linaje político de la

dictadura, emocionado hoy por su capacidad de travestismo democrático y revestido de generosa filantropía, diga mañana, desde el Gobierno o desde alguna asociación de grandes empresarios, que la modernidad requiere pobres un poco más ilustrados para poder competir mejor en las lides de la economía internacional. O sea, cuando ya sea más rentable tener pobres menos pobres. Podemos seguir llenando páginas con la globalización, el mundo virtual y las supercarreteras de la información, pensando que estamos entrando en la definitiva era de la modernidad y del desarrollo como país. Sin embargo, mientras lo anterior exista, la nueva economía continuará siendo precaria porque se asienta en una vieja economía caracterizada por la asimetría de las posibilidades de desarrollo humano.

Lo que está en juego es, ni más ni menos que, el modo como seremos los chilenos por los próximos 30 o 40 años. Cuáles serán nuestras maneras de ser y estar en el mundo, qué tipo de sensibilidades cultivaremos, cual será nuestro sentido de vida, qué nos emocionará, qué no dejará indiferentes, cuál será el contenido de conceptos como lo útil, lo permitido, lo ético; cuales serán las nociones de satisfacción, bienestar personal y colectivo; cuáles serán los grados de autocontrol y de libertad y cuáles serán los sentidos y las prácticas dictadas desde las normas y los prejuicios sociales; que actitud tendremos ante el amor y el dolor de la pareja humana, ante la paternidad y el tiempo dedicado a la formación de los hijos..., cuanto tiempo estaremos dispuestos a destinar para cultivar la amistad, qué nos motivará a estudiar, aprender, cambiar, olvidar, reemprender, escribir, meditar, discutir, pelear; en suma: cuales serán las claves de la subjetividad individual y colectiva que irán emergiendo del proceso de disolución y reconstrucción de identidades que la modernidad va proponiéndonos, en su propia ambigüedad y polivalencia, espontáneas y difusas a veces, liberadoras y ciegamente conclusivas otras... Lo que está en juego es descubrir, en el movimiento mismo, en el fluir de nuestras búsquedas, intenciones y perspectivas, cuanto del futuro puede ser escrito desde nuestra voluntad y experiencia, cuanto es posible distinguir y seleccionar, cuanto es ya inamovible y prescrito, cuanto es posible que nos reformulemos... qué nos parecerá aceptable y qué nos parecerá que debe ser cambiado... qué puede ser cambiado.

Lo que resulta evidente es que la modernidad arrastra a todas las estructuras humanas, materiales y culturales, éticas y emocionales, íntimas y colectivas a su disolución y recomposición. Que este proceso es inevitable y que el dolor psíquico y emocional de dejar de ser, mientras mutamos oscuramente, es mayor si a la confusión real de los signos le añadimos la parálisis de la voluntad, la sordera recurrente para con nuestra propia intuición respecto de una vigente pertenencia ética.

Es cierto que caminamos por un terreno incierto, huérfanos de referentes concluyentes y de credos exclusivos. Pero nuestra identidad siempre ha sido un producto- resultado en la historia, en el discurrir móvil y cuestionante de las certidumbres. No reconoció partida de nacimiento en un acto teórico fundante y original, desde cuyo antecedente se haya sólo desplegado. Ha sido más el resultado del choque entre las diversas narrativas emancipatorias levantadas durante el siglo XX y sus contextos de posibilidades- realidades. Desde que la humanidad rompió con la sociedad natural y orgánica feudal y comenzó a reinventarse, a creer en sus potencias liberadoras, convocó a la modernidad como el soporte técnico y cultural de la voluntad posible. Una modernidad que junto con entregarnos las herramientas para la auto creación, también le permitió a la

humanidad el extravío del delirio refundacional total. Nuestro relato emancipatorio, el de la revolución política como llave de la solución integral de la cuestión social, entró por un camino ciego porque admitió la ruptura entre libertad y promesa de igualdad, porque diluyó requisitos éticos de los medios en el ideal emancipatorio de los fines.

Y, quizás por lo mismo, porque ya sabemos que la posición de la víctima y del victimario, del acusador y del cómplice son intercambiables y especulares, es que podemos ser hoy realmente modernos y libres.

La sociedad ha continuado expandiendo sus potencialidades, las que pueden resultar - como siempre - en fundamentos de modos de convivencia humana liberadores u opresivos, reconciliados o en pugna entre nosotros y con nuestro entorno. No hay ningún automatismo en lo que ocurra, ninguna garantía tecnológica, ni ley oscura de la historia que nos preserve del desatino y la ceguera. La modernidad es un ámbito en disputa por el carácter de sus contenidos. La derecha económica y política de nuestro país lo sabe. Por ahora profita de nuestro desconcierto y confundido silencio.

La derecha ha puesto en marcha todos los dispositivos de su poder económico, intelectual, político y comunicacional; todo el set de recursos que controla: desde las universidades, centros de estudios, partidos políticos, prensa, técnicos especialistas, hasta el séquito de arribistas a quienes el color del dinero y la cercanía con el poder transforma en trémulos y disciplinados corifeos del proyecto de la gran gerencia universal.

El objetivo es culminar la gran operación de transmutación social, económica y cultural emprendida por la dictadura. Lo que ayer fue imposición por el terror y el silenciamiento de la crítica ciudadana, hoy debe cobrar legitimidad por la vía de la pasividad, la atomización, el desarme espiritual, la ceguera y la insensibilidad de ciudadanos alienados, dóciles y disciplinados, productivos y rentables.

Lo que se viene es el intento por la gran clonación, la asimilación acrítica de la ideología y práctica desenfrenada del libremercado, más las asfixiantes estrecheces clericales del opus deísmo. Disciplinamiento social y laboral impuesta por las leyes ciegas del mercado, desnudo de toda regulación, y estigmatización moral a todos los que se aparten del decimonónico decálogo del gran padre autoritario.

La pretensión de la derecha es la clonación de los chilenos: todos lo más ordenados, lo más parecidos unos a otros, nadie fuera del gran carril marcado por las normas impuestas por la modernidad capitalista salvaje liderada por los nuevos bárbaros. A diferencia de ayer, el método es hoy blando, y descansa en dos pilares complementarios: las fuerzas desatadas e impersonales del mercado, el gran tótem que nos dice qué es lo socialmente útil, y así nos absuelve de toda responsabilidad ética para con nosotros mismos; y la ideología del ensimismamiento ciudadano, del descompromiso social, del hedonismo de individuos fragmentados.

Este es el verdadero sentido de la utopía reaccionaria y tales los dioses paganos con que la derecha nos pretende imponer su modo civilizatorio moderno. Para las extensas capas medias, antiguas y modernas de la sociedad chilena, sometidas a los rigores de la feroz competencia por la venta de su fuerza de

trabajo, extenuados por el trabajo a destajo, están disponibles todas las ofertas del consumo al cual pueden acceder, a cambio de deslomarse trabajando, sin tiempo real para las familias, los amigos, el ocio creativo, el disfrute de la sensualidad. Hasta el erotismo es degradado y transformado en valor de cambio. Y si se estresan demasiado, habrá psiquiatras y psicólogos, terapias de grupo, ofertas de autoayuda y todo un arsenal de productos del mercado del esoterismo; claro que con la sola condición de que puedan pagar, o sea que estén en el mercado; caso contrario deberán capear su depresión con ayuda de su familia y amigos, si es que estos tienen tiempo para actos no remunerados.

En el micro mundo de los profesionales, de los técnicos e intelectuales, ya no interesa si su hacer es competente y su saber actualizado. La necesidad real de incrementar la densidad y amplitud de conocimientos y habilidades requerida por la vida social y la producción moderna ha dado paso a una forma perversa. Ahora es imperativo, dictaminado desde el mercado de la compra y venta de la fuerza de trabajo intelectual, el adquirir los "nuevos productos": postítulos, diplomados, magister, doctorados en el amplio mercado de oferta que proveen generosamente las universidades chilenas; éstas compelidas a autofinanciarse, es decir, a inventar nuevos productos vendibles, para nuevos "nichos de mercado", son arrastradas al carrusel de las frivolidades, aun sabiendo todos que en Chile no hay la cantidad de personal intelectual en condiciones serias de atender la enorme cantidad de estudios de cuarto nivel que se ofertan.

Hasta la libertad de creación y la libertad de expresión es demolida sistemáticamente por la ideología y la práctica de los nuevos bárbaros de la derecha. "Siempre amenazada, no sólo por regímenes despóticos y gobiernos totalitarios, también en las democracias capitalistas, las fuerzas impersonales de la publicidad y el mercado socavan su presencia e independencia. Someter las artes y la literatura a las leyes que rigen la circulación de mercancías es una forma de censura no menos nociva y bárbara que la censura ideológica." (O. Paz, Pequeña Crónica de Grandes Días)

Necesariamente viene la discusión sobre lo pertinente y lo posible en los ámbitos más específicos del hacer económico y del hacer político concreto. No son esferas independientes, autónomas y ensimismadas de una inicial reflexión existencial. La vida moderna nos ha enseñado duramente que toda sumisión a un misterioso logos externo a los hechos de los hombres mismos, deviene en perversa adoración a fetiches ideológicos, en abjuración de las responsabilidades con la estética social posible hoy día y en una retórica ética, vacía de sustancia humana. ... " aquellos de nosotros que somos más críticos con la vida moderna somos los que más necesitamos el modernismo para que nos muestre dónde estamos y dónde podemos comenzar a cambiar nuestras circunstancias y a cambiarnos nosotros mismos. En busca de un punto donde comenzar me he remontado a Marx ... no tanto en busca de sus respuestas, como de sus preguntas. El gran obsequio que puede ofrecernos hoy ... no es el camino para salir de las contradicciones de la vida moderna, sino un camino más seguro y profundo para entrar en esas contradicciones. El sabía que el camino que condujera más allá de esas contradicciones tendría que llevar a través de la modernidad, no fuera de ella. Sabía que debemos comenzar donde estamos: psíquicamente desnudos, despojados de toda aureola religiosa, estética, moral, y de todo velo sentimental, devueltos a nuestra voluntad y energía individual, obligados a explotar a los demás y a nosotros mismos, a fin de sobrevivir; y sin embargo, a pesar de todo, agrupados por las mismas fuerzas que nos separan, vagamente conscientes de todo lo que podríamos ser unidos, dispuestos a estirarnos para coger las nuevas

posibilidades humanas, para desarrollar identidades y vínculos mutuos que puedan ayudarnos a seguir juntos, mientras el feroz aire moderno arroja sobre todos nosotros sus ráfagas frías y calientes." (Marshall Berman, Todo lo Sólido se Desvanece en el Aire).

Al parecer, se trata para nosotros de, finalmente, dejar de vivir al día.

Álvaro Palacios
Diciembre 2000
pte



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios "Miguel Enríquez", CEME:
<http://www.archivo-chile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.) Envía a:
archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores.

© CEME web productions 2005

